

## LA ARAUCANÍA Y SUS HABITANTES\*

*Ignacio Domeyko*

CONCEPCIÓN, VALDIVIA, OSORNO, VOLCÁN ANTUCO  
REGRESO A VALPARAÍSO  
ENERO, FEBRERO, MARZO Y ABRIL DE 1845

### 2. TALCAHUANO

El 30 de diciembre, a la salida del Sol, nuestro vapor entró en la bahía de Talcahuano. Es preciso haber pasado, como yo, siete años en una región costera seca, sin árboles, para apreciar la belleza de esa bahía de tres o cuatro millas de longitud y un par de millas de profundidad. A su entrada está la isla Quiriquina, coronada de bosques siempre verdes, a lo largo de la cual pasó lentamente nuestro buque por un estrecho llamado Boca Grande, y llegamos a una especie de sereno lago. Esta bahía está protegida a su alrededor por orillas rocosas, adornadas por hermosos bosquecillos. Sólo a lo lejos, al este, se ve una orilla más baja, sobre la cual se eleva el puerto de Talcahuano. Al sur se extiende una cadena de cerros cubiertos de bosques de encinas, y en la costa norte hay tres pueblecitos: Tomé, Lirquén y el vetusto Penco. Este último iba a ser la capital del sur de Chile y fue fundado por los primeros conquistadores españoles, entre los cuales figuraba el famoso Pastene, brazo derecho y asesor del valeroso Valdivia. Tres veces destruido por los terremotos y tres veces restaurado, el pueblito cuenta actualmente con pocas edificaciones. Sólo le quedan angostas callejuelas, algunas ruinas, una iglesia con su torre y un pequeño castillo de piedra labrada erigido sobre el agua, que hoy ya no tiene nada que defender ni proteger.

El puerto toma su nombre del pueblecito de Talcahuano y es uno de los mejores y más seguros del océano; una docena de buques mercantes, estaban allí anclados; en botes y chalupas estaban transportando sacos con trigo a algunos buques, y de otros descargaban mercancías. Una gran agitación en el puerto y en el pueblo que cuenta hoy hasta tres mil habitantes y que, si bien todavía nuevo y poco conocido en el mundo no comercial, pasó ya por tristes vicisitudes. En los primeros

---

\* N. del corr.: se respeta íntegramente el texto original y las notas, con todas sus particularidades ortográficas y gramaticales.

años de su existencia fue tres veces saqueado y destruido por los indios araucanos; al finalizar la guerra de la independencia fue también saqueado por el cruel Benavides, el cabecilla de los realistas, y en el año 1835 fue totalmente destruido por un terremoto y por las inundaciones del mar.

Entretanto fue reconstruido, aunque en forma incompleta, pero sus habitantes se echan todavía a temblar cuando hablan de esa última catástrofe. Délano, dueño de una casa recién construida, en donde me hospedé, un rico comerciante oriundo de Estados Unidos, me contó que en el momento del terremoto se encontraba con su padre y toda la familia en la orilla de la bahía, en el mismo lugar en que reconstruyó hace poco la misma casa, tal como estaba antes del terremoto.

“Un espantoso estrépito subterráneo precedió en algunos segundos el terremoto; el suelo temblaba y oscilaba bajo los pies de tal forma que uno no podía tenerse en pie. De pronto el mar empezó a alejarse de la orilla y, habiendo retrocedido un par de estadios al interior de la bahía, refluyó con un tremendo estrépito y fragor al continente hundiendo muchas chozas y casas de la costa. Al verlo el capitán de un buque, amigo del señor Délano, envié a toda prisa un chalupa en la que, aprovechando el instante, la familia medio muerta de terror logró huir a tiempo y llegar al barco. Porque a los pocos minutos el mar comenzó de nuevo a agitarse y alejarse de la orilla, dejando todo el fangoso fondo de la bahía sin agua hasta el lugar en que los buques empezaban a soltarse de las anclas y de nuevo retornaba, al comienzo lentamente y luego con creciente violencia a su lecho. Pero no se detuvo en la orilla; por el contrario, se abatió sobre la ciudad con tal fuerza y empuje que casi de un solo golpe hundió todas las casas hasta el cerro más próximo. El espantoso llanto y griterío de mujeres, niños y de casi toda la población refugiada en ese cerro nos llegaba a través del fragor de las olas que chocaban contra las casas y las rocas. Pero no llegaron hasta la cima del cerro y, al refluir, sólo dejaron tras de sí montones de ruinas, de objetos y a trechos sólo desnudas paredes inclinadas. Una gran parte de la bahía quedó nuevamente sin agua, pero el terror y el espanto llegaron al clímax cuando se vio por tercera vez el cúmulo de olas verticales y espumosas que avanzaban como al salto. La gente ya no tenía dónde huir y quedaba poco por destruir. Esta vez las olas subieron un poco más lejos que la vez anterior y, al alejarse con más ímpetu del pueblecito totalmente derrumbado, barrieron con todo lo que quedaba por el camino, con todos los enseres de los habitantes y no pocos cadáveres”.

Siete años más tarde se reconstruyeron en el mismo lugar las casas, la iglesia, los comercios, las aduanas y los almacenes, como si no hubiese habido un

terremoto y como si la gente ya estuviera segura de que una calamidad similar jamás volvería a producirse. El mismo señor Délano, hombre al parecer precavido, reconstruyó sobre los mismos fundamentos en que estaba la casa de la que sus padres escaparon milagrosamente con vida, un espléndido palacio, y trabajando tranquilamente en él, aun cuando desde las ventanas de su despacho se veía Penco tres veces destruido. Pero pensaba vender el palacio.

Pasé un día en Talcahuano visitando los yacimientos de carbón natural que se encuentran aquí en la misma orilla de la bahía y un poco más lejos de ella, en Andalién, en formación terciaria, en gran cantidad. Emplean ya ese carbón en los vapores y constituye uno de los rubros de la riqueza de esta provincia. Encontré aquí a un compatriota, emigrando como yo, oriundo de Volinia, el señor Lachowski, contratado desde Francia por el gobierno chileno para explorar esos yacimientos de carbón. Pero no le fue bien; como sucede a menudo con nuestros compatriotas violentos de genio, se peleó con el intendente y su secretario y tuvo que renunciar a su puesto. Más tarde le fue mejor en el norte, en la provincia de Santiago, donde se ocupaba de la fundición de minerales de cobre; se enriqueció, se casó y murió, estimado por todos los que lo conocían.

### 3. CONCEPCIÓN

A un par de millas de Talcahuano está la ciudad de Concepción, capital de la provincia del mismo nombre. El camino pasa por vegas a trechos fangosas, memorables por la batalla en que los patriotas fueron derrotados por los españoles en la guerra de la independencia.

La ciudad está situada a orillas del Biobío, cerca de la bahía de San Vicente, a los pies de cerros graníticos que forman parte de la cadena occidental de la cordillera. En su loma quedan todavía restos de los bosques de la época de Cristóbal Colón.

Desde la cima del cerro llamado Caracol, inmediatamente detrás de la ciudad, se descubre una vista maravillosa, como no verá otra igual el viajero en las costas de Chile. Por el oeste es fácil, de una sola ojeada, abarcar todo el golfo de Talcahuano y a su entrada la isla Quiriquina. Una estrecha banda de cerros cubiertos de bosques separa estas bahías del río Biobío, en cuya desembocadura se alzan pirámides de granito, llamadas Tetas de Biobío, rocas arrancadas de los cerros adyacentes, en las que con el buen tiempo yacen calentándose anfibios, focas, llamadas también lobos marinos. En la parte meridional de la ciudad, el río Biobío, de una anchura de media milla, desde cuyas orillas se extiende un verde prado hasta la ciudad. Por el norte protegen la ciudad unos montículos cubiertos

de arbustos menos espesos. Toda la ciudad está edificada simétricamente, con calles que se entrecruzan en ángulos rectos, como en todas las ciudades o pueblos fundados por los españoles.

La ciudad estaba aún en su mayor parte en ruinas por el último terremoto del año 1835. Muchas casas sin tejados, las murallas agrietadas, la plaza mayor desierta, poblada a trechos de maleza, los montones de piedra y ladrillos señalan dónde estaban los palacios y los comercios de lujo. Donde estuvo la catedral, losas dispersas de piedra labrada, fragmentos de viejas murallas, restos de torres y de anchos zócalos; gran parte de los escombros fue ya transportada a las afueras de la ciudad.

Parece como si desde los primeros años de su existencia esta ciudad estuviera destinada a sufrir grandes calamidades y destrozos, heredados de sus antecesora, la primera población española, Penco. Peleadora, rebelde, jamás satisfecha de sus regidores y consejos tradicionales, amenazada por los indios araucanos, varias veces se construía y se derrumbaba por los incendios y terremotos. Siendo, sin embargo, la capital de una provincia bastante rica y aprovechando la paz de que disfrutó durante muchos años antes de la caída de la dominación española, se había levantado y enriquecido, tenía muchas iglesias y conventos, y contaba con una población piadosa y trabajadora. Muchas familias antiguas, los Mendiburu, los Benavente, los Rivera y los Cruz tenían aquí sus palacios y no lejos de allí sus propiedades. En los tiempos de la guerra de la independencia, la ciudad pasó durante diez años alternadamente a manos de patriotas, realistas y diversos partidos, y con la libertad y los sangrientos encuentros, cundían las ambiciones y el deseo de imponerse a los demás. Pero no había mucho campo para ello. Vinieron la paz, la república, las elecciones. Y como los últimos combates con los españoles tuvieron lugar en el sur, aquí y en Chiloé, quedaron aquí acaso en mayor cantidad que en otras partes de Chile, soldados y guerrilleros, y la lucha entre los partidos se trasladó al campo de las elecciones republicanas. Los penquistas (que toman su nombre de Penco, la primera ciudad de los españoles en el sur) tenían la pretensión de figurar en primera fila y de competir con Santiago para tener allí, en el gobierno y en la presidencia, a los suyos.

Pero, por obra de los habitantes más laboriosos y sosegados, la ciudad empezaba ya a contar con gobiernos más duraderos y con bienestar, tenía ya casi mil casas y de diez a doce mil habitantes, un obispado, tribunales y escuelas cuando le sobrevino la gran calamidad: el terremoto.

Sucedió en el mes de febrero (el 17 o 18, si no me equivoco) a eso de las once de la mañana, poco después de las misas en las iglesias. Ninguna señal o augurio en el cielo o en el aire precedieron la desgracia. La gente se divertía, disputaba, compraba en los comercios o estaba tranquilamente en las casas. El calor y el cielo

despejado tentaban a la población a bañarse en el Biobío; el viento no soplaban ni el mar estaba demasiado agitado; los niños jugaban en el prado.

De pronto rugió un espantoso estrépito subterráneo, la tierra tembló y el viento aulló sobre la ciudad. Toda la población salió corriendo a las calles y plazas con gritos y llantos, golpeándose los pechos y exclamando: “Misericordia, misericordia”. Pocos minutos después un segundo temblor sacudió con más fuerza la ciudad y una granizada de tejas se precipitó a todas las calles: las casas comenzaron a desmoronarse, las torres de las iglesias oscilaban como juncos, y las campanas tañían solas; la gente no podía mantenerse en pie. Con la tercera sacudida, más fuerte que las anteriores, la catedral y la mayor parte de la ciudad estaban en tierra, y la espesa polvareda producida por los muros deshechos, cortaba la respiración y tapó en ese momento el cielo y el Sol de tal modo que, pese a que era mediodía, cayó la noche; las madres no veían a sus hijos huyendo; la gente se tambaleaba como borrachos.

Fue una hora terrible y quienes la vieron me decían que hasta el día del juicio no habrá otra igual o parecida. Antes de que esa infernal nube de polvo comenzara a desvanecerse, en muchos sitios se iniciaron incendios y pasó mucho tiempo antes de que un sol rojo oscuro y cobrizo pudiera ser vislumbrado por la población que clamaba piedad a Dios.

Pero los cataclismos subterráneos no cejaban con sus amenazas; cada cuarto de hora, cada media hora se renovaban, aunque más débiles, nuevos temblores; oscilaban las altas agrietadas murallas de vetustas torres y conventos, cayendo con estrépito como robles derribados a hachazos. Y cuando después del mediodía se desvaneció del todo la nube de ese sofocante polvo de las casas deshechas, se descubrió la vista del espantoso destrozo, sobre el que sólo a trechos se elevaban los humos de los incendios; miles de familias quedaron sin hogar y sin salvación. En los suburbios sólo se salvaron pobres chozas de adobe, techadas con paja, los llamados ranchos, a los que tenían que acudir los más ricos en busca de refugio.

Las más pobres y más dignas de lástima eran las monjas que, en este revuelo y entre las llamas, tenían que huir de los conventos y lanzarse en el oleaje de la plebe, donde no había distingos de rango, honor ni riqueza, y la igualdad sólo estaba en la desesperación. El pueblo vivaqueó toda la noche al aire libre ante fogatas, y no bien comenzó a clarear, para colmo de males, cayó una fuerte lluvia como no se había conocido en muchos años.

Lo que el terremoto, el fuego y la lluvia no pudieron destruir, lo hicieron hombres malvados. Inseparables compañeros de calamidades y desgracias, los ladrones, entraban en las casas destruidas, desenterraban entre los escombros todo lo que podían y se lo llevaban, alegrándose de la catástrofe como el demonio de la caída del primer hombre.

No hubo muchos cadáveres en este terremoto, porque la primera sacudida subterránea no fue muy violenta, previno a los habitantes y dio tiempo para huir a plazas y calles. Sólo dos albañiles que trabajaban en lo alto de la torre de la catedral y el sacristán murieron bajo las ruinas del templo.

Parecía que después de tan terrible calamidad, los antiguos dueños de las casas destruidas iban a pensar en reconstruir la nueva ciudad en otro lugar. Porque la triste experiencia que tuvieron con la triple destrucción de Penco, una prueba de que los fatales efectos del terremoto dependen más de la naturaleza del suelo en que se erigen las casas que de la fuerza de la sacudida, debió haberlos prevenido de que la ciudad de Concepción, construida sobre un terreno arenoso a un par de pies sobre la superficie de la tierra, podría sufrir en el futuro similares destrucciones. El mismo terremoto que derribó miles de casas en Concepción, no ocasionó daño alguno en los pueblos de Hualqui o Rere, erigidos sobre un terreno granítico, a pocas millas más al este, pero arruinó muchas casas en Yumbel, y más todavía en Chillán y Talca, situadas en terreno terroso y arcilloso del ancho y alargado valle entre dos cordilleras.

En efecto, inmediatamente después de la desgracia sólo se pensó en elegir un lugar más seguro para la nueva ciudad. Se barajaron hermosos lugares en la cordillera de la Costa, cerca del río, con un duro suelo de piedra. El Consejo Municipal procedía con energía y no permitía a nadie construir nuevas casas sobre los cimientos de las que no habían resistido la sacudida.

Pasó un año, pasó otro. Primero, los comerciantes y tenderos apuntalaron las paredes más o menos inclinadas, taparon los hoyos, edificaron con carácter provisorio todo lo que pudieron. La municipalidad y los propietarios más acomodados disputaban entre sí con creciente violencia, debatían y peleaban, viviendo como de paso en casitas más modestas, no del todo arruinadas, pero tratando con cada vez menos rigor a quienes sin esperar el resultado de la disputa, se lanzaban a restaurar o reedificar sus antiguas viviendas. El tercer y cuarto año, ya hubo en los debates una mayoría de votos en contra de la elección de otro lugar para la ciudad. Se impuso el partido de los comerciantes y de los propietarios de grandes terrenos. Uno de los ciudadanos más ilustrados y honestos, el ex funcionario Zañartu, construyó, con el permiso del gobierno, una casita de madera, de tablones livianos, junto a las ruinas de la catedral en la plaza, y lentamente, siempre con carácter provisional y a base de un permiso (en tanto el gobierno y el Consejo Municipal no adoptasen una decisión consistente) se inició la construcción de edificios.

No pasaron ni diez años, la gente se habituó a la desgracia y el terremoto fue perdonado. Aun cuando la catedral continuaba en ruinas, los conventos seguían sin repararse, y en la plaza Mayor nadie abordaba la construcción, en otras calles

ya estaban preparando ladrillos y toda clase de materiales para erigir palacios. El obispo Elizondo, como para dar un ejemplo y demostrar que no había que tener miedo, erigió cerca de la catedral una alta casa de ladrillos, pero al centro del patio construyó para sí mismo un liviano pabellón de madera. Encontré restaurada casi toda la calle del Comercio y cuando le pregunté a un señor acomodado que estaba construyendo para su numerosa familia y muchos hijos pequeños con murallas de casi 5 metros de altura una espaciosa casa:

“¿cómo puede usted construir una nueva casa tan alta en el mismo sitio en que el terremoto derrumbó su antigua vivienda? –me contestó–: no importa, es sabido que terremotos tan grandes como el reciente se dan sólo cada 70 o 75 años, y los menos violentos no nos preocupan”.

Así es la precaución de los hombres que construyen trampas de ladrillo para sus bisnietos.

Los habitantes de la provincia de Concepción, y en especial de esta ciudad que se estaban levantando de las ruinas, parecen llevar en su carácter violento huellas de las guerras con los vecinos indios, de frecuentes temblores y revoluciones, que experimentó esta provincia desde la llegada de los españoles. Levantiscos, impulsivos, suspicaces y poco propensos a olvidar ofensas, no muy solidarios entre ellos mismos, pero más solidarios cuando se trata de atacar a los vecinos más alejados de las provincias del norte, son acaso más propensos a las guerras civiles que los chilenos del norte. Hombres de la clase alta, hermosos, bien plantados, mujeres altas, de tez más blanca que las nortinas y, en general, de carácter menos equilibrado, son más propicios a la ofensa, al pelambre y a injustas sospechas contra los suyos, incluso contra sus compatriotas, que los nortinos. Entre la clase baja, entre la plebe, se ven a menudo las facciones, el color y la mirada salvaje de los araucanos.

El clima de aquí es sumamente moderado, pero menos agradable que el de Coquimbo. En el verano no llueve con frecuencia, pero el invierno y la mayor parte de la primavera y del otoño es lluvioso. Los atardeceres son frescos. No conocen aquí nuestras noches tibias, y de día predomina siempre el viento sur, más bien sureste, a veces bastante fuerte. En julio el agua suele congelarse, pero no nieva casi nunca. A falta de calor, las frutas no son de buena calidad; los durazneros con hojas arrugadas por los insectos son casi estériles; los manzanos y naranjos son árboles hermosos y grandes.

La industria agrícola está aquí, hasta ahora, poco desarrollada. No hay canales para regar los sembrados y por eso no hay hasta ahora muchos cultivos. Incluso para la engorda de las reses y caballos siembran aquí poca lucerna, de modo que

en el mes de enero, cuando en el norte el país abunda en pastos y en pastizales regados, cubiertos de espesa lucerna, aquí traen chirriantes carros atados de hierba y los venden muy caros como alimento para caballos.

Pero esta provincia cuenta con grandes reservas y muchas fuentes de riqueza para el futuro. Extensos bosques con buenas maderas, donde escasean árboles que pierden sus hojas en invierno; viñedos que producen vinos similares al oporto, y numerosos rebaños de reses, caballos y ovejas permiten a los habitantes de esta región no preocuparse en exceso por mejorar su nivel de vida, mientras las pasiones, la afición al lujo que invade la sociedad de repente, el ejemplo de los extranjeros y de la vida capitalina en Santiago, no los incite a una vida más activa y a un trabajo más intenso.

Sólo es de temer que junto con este –como lo llaman– *progreso*, se debilite entre la gente la fe y la piedad de sus antepasados, los conquistadores; muchos de los patriotas que tomaron parte en la guerra de la independencia no dieron buen ejemplo con sus conductas, como si creyesen que una persona liberal no pudiese ser creyente. Los más jóvenes ya alardean de ateos, y otros de indiferencia en materia religiosa. Sólo el pueblo, la pequeña burguesía y la clase artesanal conservan la fe gracias a la influencia del clero. Las mujeres –puede decirse– montan la guardia de conventos e iglesias. Muchas costumbres y ritos religiosos se conservan puertas adentro.

Es justamente la época de los llamados nacimientos que celebran aquí entre la Navidad y el día de Reyes, y que en muchos aspectos corresponden a nuestros “jaselki” y Lelén. Antiguamente adornaban aquí, en los grandes palacios, salones para instalar –como decían– el Nacimiento del Señor, pero ahora emplean para ello casas en los suburbios. Tres de los nacimientos, bastante bien hechos, visité a mi llegada de Concepción.

Imaginen ustedes: toda la casa iluminada, adornada con flores, con ramas de mirto y laurel recién cortadas. A la entrada, pequeños tenderetes, dulcerías y pasteles, y dentro, el salón más grande profusamente iluminado, con puertas y ventanas abiertas. Al centro, una gran mesa con multitud de figuritas de cera, de madera o porcelana. Algunas representan a santos o ángeles, pero al lado de éstas hay otras, mundanas y hasta reprobables; hay también figuras de aves, caballos y reses. Uno de los aficionados a la historia natural, el cónsul inglés, presentó para este nacimiento toda su colección de aves e insectos, y hasta minerales, conchas y serpientes. Al medio, entre todas estas cosas, dentro de una vitrina protegida por un vidrio, estaba el nacimiento propiamente tal: el Niño Jesús en el pesebre, la Virgen Santísima y San José.

Durante dos semanas, a cada atardecer se abren las puertas al patio y a la casa, se prenden velas y acude tanta gente que resulta difícil penetrar el salón con el

nacimiento. Allí, unos rezan el rosario, otros observan, los niños juegan, y no hay desorden pese a que no hay policía.

Pasé ocho días en Concepción en preparativos para el viaje al sur, a la Araucanía, el país de los indios independientes, con el propósito de llegar hasta Valdivia, o incluso más allá, hasta el lago Llanquihue y el volcán Osorno. Me facilitaron este viaje las cartas del Presidente de la República, general Bulnes y el ex presidente, general Prieto, recomendándome al intendente de la provincia de Concepción, el coronel Bulnes y al comisario de los indios, quien se hallaba entonces entre los salvajes. El gentil Intendente me dio un intérprete, guías, un soldado ordenanza, dos caballos y dos mulas. Yo compré, además, cuatro caballos, provisiones y, siguiendo el consejo de ciudadanos más expertos en esa región, muchos abalorios, campanillas, pañuelos rojos y azules, tabaco, índigo y otras bagatelas como regalos para los araucanos.

DOMEYKO, IGNACIO. Anexo; Viaje a la Araucanía en el año 1845: Concepción, Valdivia, Osorno, Volcán Antuco; Enero, Febrero, Marzo y Abril de 1845. En su: La Araucanía y sus habitantes. Santiago de Chile, Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile, 2010. 107-115 pp.